EDITORIAL

¿Fin de la Educación Popular?

Beatriz García

*Centro de Formación e Investigación
Fe y Alegría*

En los últimos años la Educación Popular como propuesta política, ética y pedagógica se ha colocado entre debates que cuestionan la continuidad y vigencia de sus postulados teóricos y sus prácticas. Un elemento que ha incidido en este cuestionamiento tiene que ver con el anuncio del fin de las utopías, convertido en bandera con la caída de los socialismos, y refrendado más recientemente con los fracasos o contradicciones de gobiernos de izquierda que han tenido lugar en diversos países de América Latina. Otro elemento tiene relación con una especie de invisibilidad del sentido de lo “popular” que se ha forjado de la mano con una banalización o desconocimiento de su significado y la institucionalización de propuestas pedagógicas innovadoras introducidas en los currículos con poco sentido crítico.

La utopía o sueño de una sociedad justa, equitativa y fraterna se constituyó en motor de prácticas educativas emancipadoras en América Latina. Este ha sido un sueño emergido de las situaciones de pobreza y exclusión padecidas por las grandes mayorías del continente y que les ha puesto en camino de búsqueda de mejores condiciones de vida. A pesar de las diversas iniciativas de organismos internacionales y de algunos gobiernos para mejorar la situación; la pobreza y exclusión siguen mostrando sus diversos rostros a lo largo de este territorio. En efecto, Naciones Unidas en 2015 declara que miles de millones de personas en el mundo siguen viviendo en situación de pobreza y privados de una vida digna, muy a pesar de que, en el año 2000, 191 jefes de Estados se propusieron su erradicación constituyendo éste el primer Objetivo de Desarrollo del Milenio. La pobreza continúa diseminada por el mundo, en particular en nuestro continente, y con ella también las variadas exclusiones que sufren mujeres, niños, niñas, ancianos (as), hombres... bien por género, raza, religión, condición física o diversidad sexual.

El sueño de un mundo distinto no ha muerto, porque siguen vivas las razones que lo crearon, ellas están despertando nuevas voces que conquisten equidad, respeto, reconocimiento, inclusión; por lo tanto, sigue viva la necesidad de una educación para la transformación, una educación que opte por quienes padecen injusticia para empoderarles en la construcción de una sociedad justa y fraterna.

Por otra parte, los movimientos políticos de izquierda representaron alternativas y con ellas, esperanza de transformación de estas realidades en favor de los sectores que han vivido en situación de exclusión. Pero, la historia reciente nos hace dudar: la esperanza que cabalgaba con la izquierda en América Latina se ha venido debilitando al paso de las actuaciones de organizaciones políticas y gobiernos de esta tendencia. Sin embargo, sería reduccionista creer que allí la historia acaba; por lo tanto, no nos queda más remedio que considerar el capitalismo, el neoliberalismo y la globalización como sistema y corrientes político-económicas que marcarán para siempre la vida de los pueblos.

Los seres humanos somos preguntas en busca de respuestas, si no las encontramos en un lado seguimos buscando en otros; las búsquedas y las consecuentes acciones nunca se agotan. Hoy los jóvenes no se alinean, no se ponen etiquetas, están buscando nuevos caminos más allá de los paradigmas políticos que hemos conocido o de los grupos y partidos quienes los han representado; sus luchas van en contra de la corrupción o la privatización, la defensa de los derechos humanos o las libertades; las vemos en países con gobiernos de derecha, como el caso de Chile, pero también en países de izquierda, como el caso de Venezuela o Nicaragua. Estamos en tiempo de crear nuevas alternativas políticas a la crisis global que vivimos, de aprender de los errores para dar otros pasos que construyan nuevas confianzas y apuestas.

Esta realidad se constituye en un reto para la Educación Popular: necesitamos leer este tiempo con la historia que lleva a cuestas, reconstruir el significado del empoderamiento de los sujetos de transformación, embarcarnos, junto a otros, en la construcción de salidas políticas en esta encrucijada en que derechas e izquierdas se cruzan y desdibujan sus fronteras, porque la transformación de la realidad necesita de vías

políticas concretas que la hagan posible. En este sentido, necesitamos fortalecer el pilar político de la educación popular. Tanto los sueños de una sociedad distinta como las luchas por encontrar vida digna siguen formando parte de la historia de nuestras sociedades, de allí que el sentido de la educación popular sigue manteniéndose.

Muchas organizaciones de educación popular que se van institucionalizando van perdiendo el horizonte. La educación popular no puede ser la misma a la de otros centros que solo siguen un currículo oficial prescrito, aunque tengamos prácticas pedagógicas similares desde el punto de vista de organización, metodologías y estrategias de enseñanza y aunque estemos ubicados en el mismo barrio. No puede ser igual porque la opción política es diferente. Desde la educación popular nos interesa empoderar a las comunidades que sufren exclusión, nos interesa que haya, desde la propia comunidad un amplio conocimiento y comprensión de los contextos que viven para actuar en ellos en busca de cambios sustanciales; nos interesa estar con ellos desde lo que significa compartir la vida para entender que la comunidad, las personas con quienes laboramos no son cifras, números o estadísticas: son rostros concretos que necesitan encontrar sentidos y herramientas para el desarrollo personal y comunitario desde la revalorización de sus saberes, de sus experiencias y de sus sueños. Nuestro paradigma no es la capacitación para el mercado, para mantener las cosas como están o para el éxito individual resultado de la competencia, para lo que se necesita de una educación de “calidad” medida con estándares. Nuestro paradigma es humanista, crítico y transformador de personas, colectivos y realidades que busca el desarrollo pleno de capacidades para la vida en convivencia ciudadana con los semejantes y el mundo que nos rodea, en construcción del bienestar para todos(as), aquí el estándar que necesitamos es el que vela porque los procesos educativos logren ayudar a todos y todas a alcanzar su propio aprendizaje, sus propias capacidades respetando lo que cada uno es. No es lo mismo una cosa que otra.

Es necesario superar los prejuicios sobre lo “popular”, todavía tenemos miradas clasistas: lo popular es chabacano, es mediocre... en el fondo hay una desvaloración de las culturas de los pueblos y del pobre (no sabe, no tiene valores, es su culpa la situación de pobreza

que vive, entre otras cosas). Freire, al igual que Vélaz, creyeron y tuvieron una opción por los pobres, desde el reconocimiento de sus posibilidades, sus valores y la experiencia concreta de las personas con quienes se juntaron. Fe y Alegría, por ejemplo, no hubiera sido posible sin Abraham Reyes y Patricia, es decir, sin las personas del pueblo pobre que dieron todo para transformar su realidad. El término de educación popular constituye una unidad, la palabra “educación” necesita estar acompañada de “popular” para poder recoger el significado que la acompaña, para poder recoger esas historias que la han hecho posible, esos sueños y movimientos que han marcado y marcan los pueblos de América Latina. Nuestra educación es popular porque nuestro lugar epistemológico ha sido el pueblo pobre que vive exclusión. Nos toca discernir a la luz de este tiempo sobre los diversos rostros de este pueblo, sobre las diversas situaciones de pobreza y exclusión que vive, sobre cuáles son las nuevas liberaciones que están emprendiendo y deben emprender, cuáles son sus aportes para la construcción de una sociedad de bienestar.

Desde estas constataciones necesitamos revisarnos. Seguimos caminando, pero quizá necesitamos ir de otra manera. La educación de los pobres no significa una pobre educación, tal como dijera Vélaz, pero esto no puede confundirse con prácticas educativas que subrayan la obtención de recursos, materiales o infraestructura por encima de otras condiciones como puede ser las capacidades de los educadores o la felicidad de sus estudiantes; un buen centro educativo no necesariamente es el más grande, con mejor infraestructura, o mejor sala de cómputo, especialmente si los recursos vienen del bolsillo reducido de las familias... la sencillez debe seguir siendo parte del sello que caracteriza la educación popular, sus procedimientos, sus relaciones, sus organizaciones.

Necesitamos pasar de una identidad de prescripción o de declaración, a una identidad de convencimiento hecho vida en el hacer. Pepe Mujica, desde su inédito ejemplo de vida sencilla, dice a los paisanos que han estado en ejercicio de gobernanza que no pueden vivir en opulencia mientras las mayorías siguen viviendo en precariedad, hay una contradicción, por no decir varias contradicciones en ese hecho, esas contradicciones sobre las que gravitan actos nefastos como

pueden ser los de corrupción, autoritarismo o la adhesión al capitalismo, esas pueden ser las verdaderas armas asesinas de la intencionalidad transformadora de partidos o movimientos políticos revolucionarios.

A la educación popular puede pasarle lo mismo: nos declaramos como movimiento que opta por los excluidos, pero en el detalle de la acción nos distanciamos del discurso: ¿a quiénes admitimos en los centros educativos?, ¿estamos en el lugar del pobre, en las nuevas fronteras de exclusión?, ¿a quiénes dejamos fuera?, ¿qué condiciones o normas de funcionamiento colocamos?, ¿qué formación ofrecemos?... en muchas prácticas somos excluyentes; decimos que optamos por una pedagogía del amor y la alegría pero en las aulas muchas veces reina el desamor y el aburrimiento; nos autoproclamamos de gestión participativa y humanista, pero no dejamos que educadores(as), familias y estudiantes tomen decisiones; decimos que nuestro objetivo es transformar la realidad, pero la realidad cambia poco mientras pasan los años. Vamos preocupados por las novedades pedagógicas y los financiamientos, pero haciendo cada vez menos preguntas por la intencionalidad ética o política y como las hacemos viables, visibles, palpables, creíbles. Es hora quizá de menos discurso y más accionar coherente.

La educación popular, así completa, con su nombre y apellido, continúa teniendo sentido, sigue siendo apuesta de quienes creemos en la transformación de la realidad de exclusión que viven los pobres de América Latina con ellos como sujetos de cambio. Pero, también necesitamos removernos desde una mirada autocrítica llena de humildad para seguir colocando nuestro aporte a la altura de los desafíos de este tiempo.